

DIRECTOR
César Huerta Stern

REDACCIÓN Y ADMÓN
Calderón de la Barca, 12 y 14
Teléfono núm. 59

EL MUNDO

Francisco
Compartido

Capital, un mes . . . 50 cts.

Provincia, un año. . . 7 ptas.

ANUNCIOS SEGÚN TARIFA

Cada anuncio satisface 10 céntimos de tinta

Año V

SE PUBLICA TODOS LOS MIERCOLES

Núm. 460

EL PROCESO DE JESUS

Han pasado los siglos. Las generaciones en la rotación indefinida de la vida han ido sucediéndose cambiando de costumbres, agitándose problemas de exterior distinto, pero íntimamente iguales; la naturaleza se ha despertado idénticamente en estos días nuevos de primavera sonriendo diáfana en la alborada y brillando como glóbulos de luz sobre las ramas estiradas y húmedas de los árboles. Y la humanidad cree siempre en estos días de la Semana Mayor tener más cerca la fuente viva de Jesús. Parécenos recordar la alta y noble figura, orlada por los cabellos rubios y lisos, que allá al tocar el cuello se rizaban con divino arte; los ojos hermosos y de un poder de fascinación; la barba espesa y dorada; el semblante digno y suave. A Jesús nadie le había visto reír; algunos, —eso sí,— le habían visto llorar. Así es que en su vida intensa y breve, que la hace un pomo concentrado y fino de moral, cualquier pasaje de ella tiene para el creyente la fuerza arrolladora de la Divinidad y para todos el emocionado encanto de la más pura filosofía.

Peró de todo ello, la parte más dramática, la que hiere la sensibilidad con la agudeza del dolor de un hijo, es la que se refiere al proceso de Jesús. La que abarca las horas sombrías y enlutadas que mediaron entre la traición de Getsemani y la crucifixión; entre dos ladrones, en un madero, donde se grabó la sentencia de Pilatos que condenada al galileo por el enorme delito de habersele llamado Rey de los Judíos. No cabe una sanción más grave por una falta, —si la hubo,— más pequeña. En el proceso de Cristo según han demostrado Dupin y Gramer de Cassagnac, todo fue irregular e injusto. Defectos de forma en el procedimiento; y violaciones de fondo, del derecho aplicable.

Realmente, el proceso de Cristo está preparado desde el momento en que Judas Iscariote concertó la traición del Maestro con Caifás. Algunos pontífices y magistrados, los ministros militares del Sanhedrín, la cohorte de la Torre Antonia, guiados todos por Judas, detuvieron a aquel en el huerto de Getsemani. Esta primera parte, policíaca y de detención, se realizó en la mayor tranquilidad, pues Jesús y sus discípulos opusieron resistencia, salvo la momentánea defensa de Simón, que seccionó una oreja a un siervo de los aprehensores. Después se condujo a Jesús al palacio de Anás, que si bien conservaba el título de Sumo Sacerdote, ya no lo era, pues había pasado el cargo a su yerno Caifás.

Ante Anás, el Salvador, oficiosamente y torpemente interrogado por el viejo sacerdote, que tal vez gozaba satisface con la prisión del Redentor, se negó a contestar, por lo cual fue abofeteado por un alguacil. Aquí comienza la primera irregularidad del proceso de Jesús. ¿Por qué fue llevado ante Anás, que no tenía potestad para juzgarle? Por qué fue maltratado, privándole de la libertad que debe tener todo encartado para defenderse?

Llevado enseguida de ver Anás ante Caifás, éste estaba reunido con el Tribunal. Claro es que a pesar de que dice San Mateo que estaban todos, debieron faltar algunos como Anás, que quedó en su palacio y el mismo José Arimatea. En este juicio

los testimonios eran varios aunque visiblemente falsos; pero a pesar de ello no se podía acusar a Jesús de ningún delito. Por esto, desesperado Caifás, que por razón de Estado, quería a toda costa acabar con él, le preguntó: ¿Por Dios vivo te conjuro, si tú eres, el Mesías, el hijo de Dios?

Jesús, sencilla y dulcemente, respondió: «Yo soy. Tú lo has dicho».

Entonces el Sumo Sacerdote dijo: «Ha blasfemado. Reo es de muerte».

Esto era el fin del proceso de media noche; a la mañana en casa de Caifás se verificó el segundo juicio a continuación del primero, ya ante todo el Sanhedrín. No llevaron testigos los jueces. Confirieron, como ocurrió, en que Jesús reconocía era hijo de Dios y con esto les bastaba. Así sucedió y Jesús fué llevado al Pretorio.

En él, Pilatos no encontró causa para condenarle y habiendo oído que era Jesús, de Galilea, lo mandó ante Herodes. Delante de éste el Redentor, bajo la mirada impúdica de Salomé y tal vez recordando la muerte infame de Juan Bautista, con el decoro supremo del silencio, no despegó los labios. En castigo, el Tetrarca, mandó que le vistieran de blanco, como un rey de teatro o un visionario y lo envió de nuevo a Herodes. Este, por fin, ante la insistencia del populacho y después de mandarle a azotar, entregó el Salvador para que fuese crucificado. La mayor iniquidad que ha conocido el mundo ya estaba decretada.

En el proceso de Cristo, éste fué maltratado y escarnecido, como no podía serlo por la ley judaica; no se podía juzgar los sábados y se le juzgó en sábado; ni en sus visperas, ni durante la noche ni antes del sacrificio de la mañana y así se hizo sin embargo; los testigos debían ser por lo menos dos sobre cada cosa y no lo fueron; nadie podía ser condenado por la sola confesión; todo proceso de muerte debía durar más de un día; la causa debía examinarla los jueces de dos en dos; ninguna sentencia valía si se dictaba fuera del Sanhedrín o sala de justicia y con todos los jueces; en el banco de los candidatos u oyentes no se levantó nadie a defenderlo, según era costumbre con todos los acusados; además la blasfemia solo se castigaba con pena de muerte cuando expresamente se hubiera profanado el nombre augusto de Jeovah; los judíos en fin, llevaron la causa al Pretor porque ellos no tenían la pena de la cruz, y si los romanos, que era propia de esclavos y querían sufriese esta ignominia el Salvador.

En una palabra; el pueblo judío, obligado en ocasiones a pedir le administrase justicia una mujer, como la profetisa Deborah, a la sombra de una palmera, cometió la iniquidad de condenar a las angustias de la cruz al ser más humano y más dulce que verán los siglos de los siglos...

CÉSAR HUERTA

«El Mundo», de hoy, consta de ocho páginas.

EL VENCEDOR

Los judíos carnales esperaban que el Mesías había de venir a manera de aquellos generales romanos que recibían los honores del triunfo; con pompa y majestad humanas, ya cabalgando en brioso

corcel, ya puesto en pie sobre carro de marfil, llevando al cinto la espada vencedora y en las sienes el laurel de los inmortales.

Como en consonancia con esta idea vulgar de los triunfos del Deseado de las naciones, esperaban también que su trono sería el dorado trono de los Césares, a cuyos resplandores caerían ciegos de asombro y temor los enemigos todos del Dios de Abraham.

Mas he aquí que el Divino Maestro, para enseñar una vez más a aquellos hombres tenaces que ni la grandeza, ni la virtud, ni la victoria, ni el reinado eran tales como ellos se figuraban, manda a dos de sus discípulos que le traigan de la aldea inmediata una asna y un pollino con los cuales ha de hacer aquel día su entrada triunfal en la orgullosa ciudad de David y Salomón.

Monta, pues, en el jumento, aparejado con las vestiduras de los discípulos del Señor, y penetra por las calles de Jerusalén en derechura al templo, donde hacía sus curas milagrosas y predicaba sus admirables doctrinas.

Conociendo las gentes y apresúranse a celebrar su entrada con palmas y ramos de oliva, alfombrando el suelo con sus mantos y entonando cánticos de alabanzas al que venía en nombre del Señor.

Es seguro que aquel pueblo entusiasta se compadecía en su mayor parte de los numerosos enfermos que el Señor había curado, de los muchos pecadores a quienes había perdonado y de la incontable multitud de pobres y desvalidos a quienes había otorgado a manos llenas los dones de su omnipotente misericordia.

Agradecidos aún a los favores que les había hecho, y llenos de asombro por sus recientes milagros, recibíanle con hosannas y vítores, sin hacer caso de la humilde cabalgadura que para su triunfo ha elegido.

Peró los fariseos y príncipes de los sacerdotes, los hombres de la ley, los conservadores de la tradición, que de la tradición y de la ley habían hecho un árbol seco, cuyos únicos frutos eran la dureza del corazón y la soberbia del espíritu hubieron de mirar con escándalo aquella entrada que ellos considerarían burlesca y tal vez dirigida únicamente a mofarse de sus esperanzas en el libertador guerrero y poderoso.

Sometidos a un pueblo extranjero, ávidos de romper las cadenas de su servidumbre con el valor heroico de un nuevo Macabeo, cómo habían de mirar a aquel predicador de las turbas montado en un pollino y recibiendo los aplausos de la muchedumbre, ni más ni menos que si hubiese venido sobre corcel de batalla y trayendo a todos los reyes de la tierra subyugados al poderío de Israel?

Vedle dirían: viene a burlarse de nosotros y del Mesías verdadero. Sobre un asno llega a la ciudad en son de triunfo, y el populacho lo acepta con regocijo y le vitorea y aclama llamándole hijo de David. ¿No es esto darnos con él en el rostro y hacernos ludibrio y chacota de los romanos que conocen nuestras esperanzas en el que ha de venir a aniquilarnos y a restablecer nuestro imperio? ¡He ahí el Rey de nuestras profecías! ¡He ahí el que ha de vencer a nuestros enemigos! En vez de caballo de guerra, trae un asno; en vez de espada, trae su palabra; en vez de Ejército, una turba de gente perdida, de pescadores, publicanos, obreros, adúlteras y mendigos que están embaucados con las promesas que les hace. ¿Es posible tolerar esto?

Realmente para aquellos hombres esoberbecidos, el espectáculo no podía ser más irritante.

Todo cuanto había hecho y estaba haciendo el Divino Maestro era lo contrario de cuanto ellos se figuraban.

Empequeñecía lo grande, y engrande-

cía lo pequeño. Ponfase al lado de los débiles, y hablaba con terrible energía a los fuertes.

Llamaba a su lado a los humildes, y amenazaba iracundo a los soberbios. Perdonaba a los más escandalosos pecadores, y azotaba con sus frases condenatorias a los hipócritas que se tenían por justos y para colmo de contraste, en vez de carros de marfil y de caballos de batalla, tomaba un asno, y cabalgando en sus lomos, entraba vencedor en la Ciudad Santa que iba a ser maldecida por haber hecho traición a su Dios.

Peró si Cristo iba a tener su trono en una Cruz, ¿cómo había de tener su cabalgadura en un corcel de guerra?

Todo había de ser armónico en la serie de victorias que iba a alcanzar el Hombre sobre el hombre. Por caballo, un asno; por corona, ramas de espinas; por cetro, una caña; por trono la Cruz.

Y así pudo decir: «Yo vengo al mundo», porque el mundo no ha comprendido jamás que esas humillaciones sublimes sean el camino de la victoria.

Hoy es, y todavía el mundo no se persuade de que el vencedor menosprecie los corceles de guerra y las coronas de oro y los tronos de los Césares, y busque también en el asnillo modesto y en la cruz del Calvario los honores de su triunfo.

Peró los humildes de corazón a quienes el dulcísimo Jesús confía sus secretos más íntimos, esos sí entienden lo que el quiere decirles cuando entra vencedor sobre el asno en nuestras ciudades, y sube luego al Calvario, y se suspende en la Cruz, y domina con los brazos extendidos todas las llanuras de la tierra, y deja que su sangre corra en abundancia y riegue las almas buenas que le adoran; esos sí entienden que la victoria definitiva solo se alcanza por tales medios, y quizá por eso van hoy, como iban hace diecinueve siglos cantando *Hosanna* en las calles de Jerusalén, a la nueva Sión, donde reside sin corona sin cetro, y sin cabalgadura de guerra, el Vicario de Cristo, a ofrecerle palmas y ramos de oliva en nombre de todos los pobres y desvalidos del Universo; a aclamarle no como a hijo de David, sino como a padre de los trabajadores sin fortuna por los cuales ha venido El providencialmente, en nombre del Señor a bendecir y cobijar bajo su manto todos los infortunios, debelar todos los poderes injustos, clavar en la Cruz de Gestas a todos los usurpadores, y redimir con su propio martirio a estas sociedades nuevamente deicidas, que en vano esperan su salvación de los Mesías montados en caballos de batalla y ceñidos de coronas de oro.

Valentín Gómez.

Juicio de exenciones

La comisión mixta ha resuelto que los del reemplazo del año actual y la revisión de excepciones en los años de 1918, 1919 y 1920, tengan lugar en los días siguientes:

Día 9 de abril. — Torralba, Torrecilla, Tragacete, Valdecabras, Valdecolmenas de Abajo, Valdecolmenas de Arriba, Valdeganga de Cuenca, Valera de Abajo, Valera de Arriba, Ventosa, Villalba de la Sierra y Villanueva de los Escuderos.

11 de abril. — Villar de Domingo García, Villar de Olalla, Villar del Horno, Villar del Maestro, Villar del Saz de Arcas, Villar del Saz de Navalón, Villarejo Periesteban, Villarejo de la Peña, Villarejo Seco, Villarejo Sobre Huerta y Zarzuela.

14 de abril. — Alconchel de la Estrella, Almonacid del Marquesado, Belmonte, Carrascosa de Haro, Cervera del Llano y Fuentelespino de Haro.

REMITIDO

Señor director de EL MUNDO.

Muy señor mío. En el periódico de su digna dirección he visto publicada una carta del diputado a Cortes por Cañete D. Enrique Arribas en la que hace constar, una parte, la que le conviene, de la gestión que ha llevado una cuestión personal, que a mi instancia hemos tenido con motivo de las pasadas elecciones en dicho distrito; y como me interesa grandemente que se plantezca la verdad de lo ocurrido, con la narración imparcial y documentada de los hechos me dirijo a usted amparándome en las disposiciones de la Ley de imprenta, para que dé cabida en su periódico a las adjuntas cuartillas que explican suficientemente la cuestión planteada y quedan las cosas en su verdadero lugar.

Agradeciendo señor director la molestia que pueda proporcionarle se ofrezca de usted affmo. s. s. q. e. s. m.

Julio García Argüelles.

Habiendo llegado a mis oídos que era público y notorio en esa provincia, que si retiré mi candidatura para diputado por el distrito de Cañete, obedecía a que el señor Arribas candidato contrario me había comprado por cierto número de pesetas y teniendo conocimiento a la vez de que dicho señor fue uno de los que al parecer propalaba tal calumnia, me creí en el caso para salvar mi honorabilidad y prestigio de pedir explicaciones en el terreno de los caballeros y al efecto designé para ello, a mis buenos amigos los capitanes de caballería y carabineros, respectivamente D. Joaquín Martínez Frieria y D. Manuel Serrano, por medio de la siguiente carta:

31 de enero 1921.

Señores D. Joaquín Martínez Frieria y D. Manuel Serrano.

Mi distinguidos amigos: Teniendo necesidad de solventar una cuestión de honor con D. Enrique Arribas, por haber llegado a mis noticias de que dicho señor había propalado por el distrito de Cañete la especie de haberme comprado por un cierto número de pesetas siendo esta la causa de su elección por el artículo 29, agradeceré a ustedes acepten mi representación que les otorgo por la presente para que le pidan las explicaciones necesarias a dicho señor. Las facultades a seguir serán completas por mi parte y con arreglo al alto concepto del honor que ustedes tienen.

Muy agradecido queda de Uds. affmo. y amigo q. e. s. m.

Julio García Argüelles.

Dichos señores aceptaron gustosos el encargo y después de varias conferencias con el señor Arribas me dirigieron la carta siguiente.

Señor D. Julio García Argüelles.

Madrid 31 de enero de 1921.

Muy señor nuestro: Investidos de la representación que usted nos confirió en el día de hoy, hemos visitado al señor D. Enrique Arribas y al enterarle de los rumores (ofensivos para usted) que circulaban sobre que su retirada de la lucha electoral en el distrito de Cañete (Cuenca) obedecía a haber sido usted comprado por dicho señor nos manifestó muy atentamente: «Que como sucede siempre en estos casos, la fantasía popular vierte las más absurdas especies cuando se retira uno de los contrincantes y fijándose en este caso concreto puede asegurarnos, que los tales rumores carecen en absoluto de fundamento por lo que a él se refiere, y que a nuestra consideración deja si sería capaz sin tener pruebas de llegar a decir nada que pueda envolver ofensa para ninguna persona».

Creyendo suficientes estas manifestaciones para dejar a salvo su honorabilidad (de lo cual nos congratulamos) y por tanto terminada nuestra actuación en este asunto se reiteran de ustedes affmos. amigos q. estrechan s. m.

Manuel Serrano.

Joaquín Martínez Frieria.

Fundado en esta carta el periódico «El Liberal» de Madrid en su número del 12 del corriente publicó el siguiente suelto.

LA COLA DE UNA ELECCIÓN

Las cosas en su punto

Aun colea la elección de Diputados a Cortes por Cañete (Cuenca) Distrito representado por el Maurista D. Enrique Arribas, quien tuvo por contrincante al Ministerial D. Julio García Argüelles.

El Sr. García Argüelles se retiró antes de la votación, por considerar que se planteaba la lucha en terreno desfavorable para él, y está retirada, noble siempre en quien cuenta como el Sr. Argüelles con el apoyo oficial, que pudo utilizar sin medida, fue objeto de comentarios en el Distrito y fuera del Distrito, suponiendo que obe-

decía a una habil jugada «schematista» del candidato triunfante.

Para que no se pueda suponer a la retirada del Sr. Argüelles un fondo tan mezquino este señor demandó explicaciones personales al Sr. Arribas por conducto de sus amigos los Capitanes de Caballería y Carabineros respectivamente, Don Joaquín Martínez Frieria y D. Manuel Serrano, ante los que declaró el Sr. Arribas que como sucede siempre en estos casos, la fantasía popular vierte la más absurda especie cuando se retira uno de los contrincantes, y fijándose en este caso concreto, puede asegurarnos que carecen en absoluto de fundamento por lo que a él se refiere, dejando a su consideración el pensar si sería capaz sin tener pruebas, de decir nada que envolvería ofensa para ninguna persona.

Con las explícitas y nobles declaraciones del Sr. Arribas queda patente la conducta siempre correctísima de su adversario político el Sr. García Argüelles durante las elecciones y después de las elecciones de Cañete.

Con gran sorpresa mía en el número del siguiente día de dicho periódico, se publicó una carta del Sr. Arribas que dice así.

LA COLA DE UNA ELECCIÓN

Señor Director de El Liberal.

Mi distinguido amigo: He leído en el periódico de su digna dirección, un suelto titulado «La cola de una Elección». Las cosas en su punto... que me interesa rectificar en lo que a mí se refiere, haciendo constar:

Primero. Que ni se me han pedido ni, por lo tanto, he tenido que dar explicaciones de ningún género al Sr. García Argüelles.

Segundo. De haberseme demandado, en el sentido a que se refiere el suelto, se habría seguido, como es natural, los trámites obligados para estos casos.

Tercero. Que hace unos 15 o 20 días me vi honrado por la visita de unos Señores, cuyos nombres ignoro, haciéndome algunas preguntas sobre un incidente que dije tenía el Sr. García Argüelles y que yo desconocía y algo desconociendo en absoluto.

Cuarto. Que el contenido de esta conversación fué sustancialmente distinto del que refleja el suelto de referencia.

Estimaría mucho tuviera V. la bondad de insertar esta carta en su periódico, en cuya hidalga hospitalidad me amparo. Gracias anticipadas de su affmo. amigo s. s. q. e. s. m.—Enrique M. de Arribas—2 de Febrero de 1921.

En vista de esto, y como con esta carta parece que el Sr. Arribas, desmiente las explicaciones que había dado a mis representantes, me dirigi nuevamente a ellos para aclarar la cuestión, y poner las cosas en su punto con la carta siguiente:

Madrid 15 de Febrero 1921.

Señores D. Joaquín Martínez Frieria y D. Manuel Serrano García, Capitanes del Ejército.

Muy Señores míos y amigos: Me ha sorprendido la carta que publica *El Liberal* en su número 14 864 fecha 13 del corriente suscrita por D. Enrique Arribas.

En ella aún sin citar los nombres de ustedes pero aludiéndolos como representantes míos que le visitaron, este señor desmiente el contenido de la carta que ustedes me dirigieron, y obra en mi poder, manifestándome que la cuestión que encargué a Vds. ventilasen cerca del Sr. Arribas, ya daban por terminada ya que este señor con sus declaraciones disipaba todo motivo de daño para mi honorabilidad.

Como *El Liberal* de hoy no contiene réplica alguna a las extrañas afirmaciones del Sr. Arribas llamé a Vds. la atención sobre lo dicho por este señor y que ha debido pasar desapercibido para Vds. pues con ello sobre herir su seriedad, quedaría en pie la especie que importaba é importa a mi buen nombre desvanecer. Para negarla y desvanecerla me permití molestar a Vds. con mi representación cerca del señor Arribas.

Considerando que todo lo sucedido después de la carta que ustedes me dirigieron merece una aclaración y una ratificación de lo ocurrido hasta el momento que ustedes me dirigieron dicha carta, les dirigi la presente antes de partir para Gijón a donde me llaman asuntos particulares inaplazables, para que resuelvan este asunto, haciéndoles saber que si mi presencia es necesaria, con un simple aviso telegráfico regresaría a Madrid inmediatamente.

Queda de Uds. affmo y amigo q. e. s. m.

Julio García Argüelles.

Mis amigos practicaron las gestiones oportunas, en cumplimiento del encargo que les había dado, y después de conferencias detenidamente con los representantes del señor Arribas se zanjó la cuestión honrosamente en la forma en que se explica en la siguiente acta:

Reunidos en Madrid hoy 16 de febrero

de 1921 D. Joaquín Martínez Frieria, capitán de caballería y D. Manuel Serrano García, capitán de carabineros, en representación de D. Julio García Argüelles y D. Vicente Romero Girón, senador y D. Fernando del Moral Pérez Alca, teniente de artillería, en la del diputado D. Enrique María de Arribas, con poderes bastantes de dichos señores para dar una solución honrosa a las diferencias surgidas entre ambos.

Habiendo tomado inmediatamente la palabra D. Joaquín Martínez Frieria, manifestó que su representado, D. Julio García Argüelles, después de enterarse por diversos conductos que por el distrito de Cañete (Cuenca) y algunas poblaciones circulaban rumores en el sentido de que su retirada de la lucha electoral había obedecido a haber sido comprado por su contrincante señor Arribas, y de que los referidos rumores habían partido del mismo señor, se creyó en el caso de nombrar dos amigos (los mismos que a este acto acuden como representantes) que se entrevistaran con el señor citado para que le preguntaran si era cierto que había propalado tal especie, y en caso afirmativo, solicitasen las debidas explicaciones, para lo cual les dió amplios poderes. Verificada esta entrevista, y convenidos los amigos del Sr. Argüelles por la conversación sostenida con el Sr. Arribas de que no había lugar a exigirle explicaciones por su conducta, limitaron su actuación y condensaron en una carta dirigida al señor Argüelles la conversación sostenida.

El periódico *El Liberal* bajo el título «La cola de una elección» publicó un comentario al sucedido con motivo de la elección por Cañete, añadiendo unas líneas copiadas de la carta citada anteriormente.

El Sr. Arribas rectificó en el periódico del día siguiente, manifestando que no le fueron pedidas explicaciones por nadie, cosa en extremo cierta, pues mal pudimos los amigos del Sr. Argüelles pedir las cuando a nuestro juicio no había ofensa ninguna para esto.

Como del apartado tercero de la rectificación del Sr. Arribas se desprende que no se entendió, sin duda, el objeto de nuestra visita, quizás por no haberla explicado con la claridad debida, lo visitamos nuevamente, el cual nos manifestó atentamente que nos entenderíamos con sus amigos los señores Romero Girón y Pérez Alca.

D. Manuel Serrano confirmó las manifestaciones de su compañero, y los representantes de D. Enrique M. Arribas hicieron observar que la relación de hechos expuesta por la representación del Sr. Argüelles se ajusta en un todo a la que él mismo les ha facilitado respecto de dicho asunto.

En su consecuencia, conviene no ha lugar ni a dar explicación alguna, y en vista de ello acuerdan consignarse así para satisfacción de ambos, dándose por terminada la cuestión y firmando por duplicado la presente acta. Vicente Romero Girón—Joaquín Martínez Frieria—Manuel Serrano—Fernando del Moral.

Con los hechos y cartas anteriores queda suficientemente explicado todo lo ocurrido acerca de este asunto, quedando a salvo mi honorabilidad y buen nombre, por no haberme preferido el Sr. Arribas, según confesión propia las ofensas que se propalaban por el Distrito de Cañete, y se restablecen y dejan las cosas, en el terreno de la verdad y de la justicia.

Julio García Argüelles.

NOTICIAS

Libramientos.—Por el señor delegado de Hacienda se han puesto al cobro los siguientes:

Señor administrador de Correos, 141,87; idem, id., quebranto de moneda, 75,08; don Laureano López, correspondencia, 8606,82; jefe de Telégrafos, servicio nocturno, 95,51; D. José García, correo, 647,20; D. Pablo Martínez, idem, 230,56; D. Paulino Martínez, alquileres, 247; D. Ramón Aparicio, alquileres, 61,85; D. Marcelino Guadalupe, alquileres, 308,76; D. Clemente de Benito, sección administrativa, 144,50; D. Victoria Elorza, accidentes del trabajo 3710,95; D. Ricardo Fuster, material, 197,60; don Millán Catalina, material, 1295; D. L. Ponzones, alquileres, 444,60; D. Juan Atienza, idem, 247; D. Enrique Rubio, 229,98; don Rafael Ramírez, alquileres, 63,87.

Viéjeros.—Han permanecido en el hospital, D. Cecilio Madero, de Huete; D. Luis de la Muela, de Villamala; D. Andrés Fernández, de Puebla de Almaraz; D. Lorenzo Martínez, de Minglanilla; D. Justino Corra, de Puebla del Salvador; D. J. J. Perrocho, de Pinarejo; D. Gerardo Lizarra-Rivas, de Algora; D. Luis y D. Carlos Gandullo, de Madrid.

¡Perdónalos!

Dejando en el silencio de un respecto santo las causas o motivos de la Encarnación del Hijo de Dios y de su Pasión afrentosísima, es lo cierto que en toda la obra de la redención humana resplandece la caridad más ardorosa, y el espíritu devotamente observado descubre en ella testimonios irrefragables del infinito amor al hombre en que constantemente se abrasaba el Corazón de Cristo. «Había El venido a traer fuego al mundo», según el testimonio de su misma palabra, y los incendios de este fuego se hacían cada día más sublimes cuanto más se aproximaba la hora en que había de exhalar el último suspiro. Así es como la primera palabra que sus labios pronunciaron, después de haber sido clavado y levantado en la Cruz, fue para pedir al Padre el perdón del crimen que habían cometido los que lo crucificaron, dando de esta suerte una prueba de caridad inaudita y un ejemplo cual hasta entonces no se había visto jamás en la historia del mundo: «Ignosce illis» (perdónalos).

El alma cristiana al reflexionar atentamente sobre esta súplica amorosa y hacerla objeto de sus fervorosas meditaciones, no podrá por menos de preguntar al Divino Redentor lo que Job preguntaba a David cuando, oprimido este por el dolor, llorada la muerte de su rebelde hijo Absalón: «Es posible, Señor, que améis a los que odian y os olvidéis de los que os aman? ¿Es posible que antes que consoléis a vuestra afligida madre, antes que aplaquéis vuestra sed ardiente, antes que a Dios encomendéis vuestra alma, roguéis al Padre por los mismos que, crueles y despiadados os están dando la muerte? ¿Cuán cierto es que el verdadero amor no busca jamás sus propios intereses, ni se irrita ni impacienta en las persecuciones!

En las sociedades que existieron al otro lado del Gólgota, el amor era demasiado mezquino, los hombres concebían el amor a los placeres, el amor a las riquezas y al saber, el amor de padre, el amor de hermanos, quizá el amor a la patria; pero el amor a todos los hombres, aun a los desconocidos, aun a los moradores de lejanas tierras, ¿a qué fin? ¿Qué lazo invisible los unía? ¿Amar el rico al pobre? ¿Amar el noble al plebeyo? ¿Amar el libre al esclavo? Imposible. ¿Amar a los enemigos? Cosa jamás vista ni oída. Estaba reservado al Hijo de Dios el enseñar al hombre con su ejemplo esta admirable doctrina, y por eso, al escribir su Testamento divino y manifestar su última voluntad parece, por un instante olvidarse de sus amigos, de su Madre y de sí mismo, para solo pensar en sus perseguidores y verdugos. Ellos le habían maniatado fuertemente; habíanle azotado, escupido, coronado de espinas y cubierto con andrajos de púrpura como a un rey de burla; ellos habían cargado sobre sus delicadísimos hombros pesada cruz; habían taladrado, llenos de fiereza, sus pies y manos; habíanle despojado de sus vestiduras y puesto a la vergüenza de un público coez y desalmado, que se mofaba horriblemente de sus dolores y agonías. No cabe dudar que Jesús hubiera podido hacer bajar del cielo millares de ángeles blandiendo en sus manos espada aterradora para acabar la vida de aquellas turbas deidades. Era Dios y hubiera podido mandar a las nubes que arrojaran rayos vengadores contra los que así le maltrataban; pero nada de esto hace, sino, antes bien, levanta sus ojos ensangrentados al Cielo y pide a su Eterno Padre misericordia para aquellos desventurados. «Padre mío—dice—, perdónalos, porque no saben lo que se hacen; no me conocen, porque si me conocieran, jamás me hubieran crucificado.»

En el fondo de todo pecado humano existe siempre la ignorancia. La debilidad, el extravío de la voluntad, reconocen por primera causa las tinieblas del espíritu, y el Crucificado invoca esta ignorancia, a guisa de excusa, para atenuar la maldad del más horrendo de los crímenes que presenciaron los siglos. Al elevar al Cielo esta súplica de perdón, Jesús envuelven al mundo en un mar inmenso de inmensa misericordia, porque es como si dijere: «Padre mío, perdónalos, porque mi corazón los ama. No miras su ingratitude y su pecado; mira mi obediencia, mis dolores, mi sangre, mi muerte, pues todo te lo ofrezco en remisión de sus culpas, y no te olvidas tampoco de su ignorancia.» «Pater ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt.»

Desde entonces ya no han faltado en la tierra víctimas que, alocadas en esta sublime escuela, han aprendido a no maldecir y a morir con Cristo, perdonando y bendiciendo a sus mismos perseguidores y esta fue ayer, es hoy y será mañana la conducta de todas las almas que estudiaron y estudian en la escuela del Calvario, pues

antes de pronunciar el «consumatum» tendrán en sus labios el «ignosce illis».

Así se comprende que la armonía de los intereses, de los corazones y de las almas, tan necesaria al bienestar de las naciones como de los individuos en todas las esferas y organismos de la sociedad humana, solo se encuentra en el código de la moral evangélica que Jesucristo dejó al mundo como el testamento de su amor. Aquí podrían inspirarse los poderes y las majestades de la tierra en los sentimientos de justicia, de rectitud y de bondad que les conquistarían el amor y la obediencia voluntaria de los pueblos. Aquí aprenderían también los grandes capitalistas, el buen uso que deben hacer de sus riquezas, sin oprimir nunca desvalido con exacciones usurarias, ni escatimar sus jornales al obrero, ni cerrar jamás un corazón al necesitado y al hambriento. Modelada dulcemente a estos principios la aristocracia del dinero; habría hecho imposible el desarrollo de la plaga social del pauperismo que amenaza en todas partes a las fortunas más brillantes, y aun tiende a minar por sus cimientos la forma constitutiva y natural de la sociedad humana, que reconoce al mismo Dios como autor y conservador de su existencia. Aquí aprenderían, en fin los socialistas que la igualdad niveladora y absoluta de las jerarquías sociales es una igualdad absurda imposible e insubsistente en toda sociedad constituida en donde la capacidad y la rudeza, la economía doméstica y las disipaciones del festín, el trabajo, en fin, y la honradez morigerada de una parte, y de la otra la perversión del vicio y de la holganza, crean necesariamente desigualdades sociales, que en vano pretenden nivelar los anarquistas con las manos sangrientas de sus crímenes. De su mismo seno surgirán desigualdades espantosas que impondrán su dictadura a los más ignorantes y débiles.

La resolución del problema social que hoy tan preocupados tiene a los hombres pensadores, la hallará fácilmente todo el que abra su corazón a las inspiraciones del amor que Jesucristo enseñó al mundo desde lo alto de la cruz.

El padre Laviesco.

HORAS MÍSTICAS

El Salvador, atado a la columna,
las calles atraviesa...
Entre lanzas judías
prisionero le llevan...
La procesión desfila muy despacio...
Con aire triste los timbales sueñan...
En los balcones lucen luminarias...
Gimen lúgubremente las cornetas...
¡Oh, Nazareno, cuánto
dolor, cuántas tristezas,
cuántos tormentos, cuántos sacrificios
y cuántas amarguras te rodean!...
¡Oh, Divino Maestro,
que ante las amenazas te prosternas
sin que tus labios lividos
musiten una queja!...
Siendo el Dios hecho Hombre,
el Dios augusto de la Omnipotencia,
el Soberano Dios del libre arbitrio,
del Poder y la Fuerza
¿por qué no confundiste
a los que escarnecieron tu existencia
en un rago asombroso
de divina soberbia,
en un impulso altivo, sacrosanto,
de gallarda y audaz Magnificencia,
en un arranque excelso
de cólera suprema?...
¿Hubiese sido un ímpetu glorioso,
digno de tu grandeza,
digno de un Dios-Titán, que prefiriese
la viril rebeldía a las flaquezas!...
Yo comprendo, Señor, tu sacrificio,
tu pesadumbre inmensa,
tu «Via-Crucis» angustioso, horrendo,
y tu pasión siniestra,
al verte profanado
por las hordas plebeyas,
que ávidas de tu sangre generosa
a mansalva te hirieron...
¿Comprendo todo el colosal suplicio
de tus horas postreras!...
La procesión avanza lentamente...
La muchedumbre—ajena
al dolor de Jesús—feliz aspira
en esta noche azul de primavera
el sensual aroma, aroma virgen,
de las flores primeras,
de esas flores que se abren, impacientes,
al beso de las auras abrilneas...
¡Ah, Mártir del Calvario!...
Tu gigante Ideal fue una quimera...
Un Ideal sublime, tan sublime
que nunca reinará sobre la Tierra!

MANUEL CAMACHO BENEYTES

A LA CRUZ

(SONETO)

Bendito seas, celestial madero,
lábaro santo, puro immaculado,
donde el Santo Cordero fue inmolado,
y por ti redimido el mundo entero.
Abrazado contigo, vivir quiero,
no apartándome nunca de tu lado:
morir quiero también a ti abrazado,
y esta dicha obtener de Dios espero.
Devoto de la Cruz, entusiasmado,
tu poder infinito comprendiendo,
repito que tu nombre sea alabado,
y que Aquel que de ti se ve pendiente,
coronado de espinas y enclavado,
que se apiade de mí, cuando te ofendo!

Juan Gutiérrez Póla

LA PASIÓN Y MUERTE DE ELISABETH

LEYENDA MÍSTICA

Ni en los Evangelios ni en las acotaciones de Suetonio y Quintiliano, ni el «Jesús» de Renán, encontramos la figura dulcísima de Elisabeth, bella hebrea, hija primera del centurión Josué.

Y, sin embargo, nosotros conocemos el más trágico pasaje de su vida. También Elisabeth amó y tuvo su pasión y muerte como el celestial Hijo de Dios.

Era por aquellos tiempos cuando un hermoso hombre apareció en Galilea, deslumbrando a las muchedumbres con su faz resplandeciente, sus vestiduras albas, su majestad divina, su palabra portentosa y sus hechos sobrenaturales. Predicaba de pueblo en pueblo el reino de su Padre el Señor.

Las gentes le llamaban el Rabino, y él se decía el Hijo de Dios.

Un maravilloso día, a la hora sexta, subió con sus discípulos a la cima de la Montaña Tabor.

Seguía al Nazareno gozosa multitud fascinada, ansiosa de escuchar su palabra, que era como un bálsamo dulcísimo para aliviar el dolor, el horrible dolor de vivir.

Predicó aquella tarde contra la avaricia. Recomendaba el desprendimiento y la confianza en Dios, en la Providencia de Dios, que no se olvidaba jamás de nada de lo por Él creado; que alimenta las aves, viste a los lirios y riega los campos...

Estaba aún hablando el Salvador cuando se acercó una nube luminosa; lo fue envolviendo a él y a sus discípulos y se escuchó una voz, salida de ella, que decía: «Este es mi Hijo, el amado en quien yo me he complacido; a él escuchad.» Al oír esto los discípulos cayeron al suelo abrumados por el terror. Acercándose Jesús a ellos los fue tocando, al mismo tiempo que les decía: «Levantad, hijos míos; no temáis.»

Cuando Cristo descendía de la montaña morfa dulcísimamente la tarde, envuelta en fulgores de incendio... La muchedumbre, enloquecida, le solamaba... Entonces él, volviéndose a sus discípulos, exclamó: «En verdad, os digo que si mi Padre no fuera el Dios de la Tierra y de los Cielos, no encontraría yo tanto amor en estos hermosos corazones»...

Ya en las estrechas calles de la ciudad se le acercó un centurión y le dijo: «Señor, mi hija muere de lepra; ¡sálvala!»

«Cree en mí?»—le preguntó Jesús.
«Ella sí; quiere verte; crea en ti...»
«¿Y tú...?»

El centurión, bajando los ojos, murmuró torpemente:
«Yo no, Nazareno...»
«Pues llévame donde está tu hija.»

Y llegaron a casa del centurión Josué.

Elisabeth yacía postrada en medio del patio, esperando la llegada del Rabino... Su blonda cabellera áurea caía sobre sus hombros desnudos como haces de espigas...

Al ver a Cristo, sus pupilas quedaron fijas en su semblante bello y sereno;... y fascinadas se extasiaron...

«Elisabeth—le dijo el Redentor—, entrégame todos tus pesares y toma toda mi fe en esta mano...»

La hija del centurión besó frenéticamente la mano que le ofrecía el Nazareno... Y tras de contemplarle largamente:

«Señor!... Señor!... Señor!... gimí tres veces—¿Para qué he querido conocer?»

«Levanta Elisabeth—la ordenó Cristo, y tocando sus llagas, prosiguió:
«Bienaventurada tú que no tuviste llagas mas que en el cuerpo. Tan limpio queda ya de males como tu alma purísima lo estuvo siempre de pecado...»

En efecto, la bellísima Elisabeth volvía

a estar sana y fuerte; pero hechizada ante la divina majestad, que, al partir, la dijo:

«Adiós, mujer, hija de Josué; tú también tendrás tu pasión y muerte que te entrarán en el Reino de mi Padre, y como tú... todas las que tengan el privilegio de amar...»

Y marchó Jesús.
Y en aquel momento comenzó la pasión de la hija del centurión Josué.

Arda su corazón en amor hacia Cristo... La imagen serena y majestuosa del Nazareno estaba en Jerusalén, y a la noche corrió en su busca.

Anduvo días y noches por los campos desiertos, hasta que sus heridos pies chorreaban sangre, y siguió... y siguió... alentada siempre por el purísimo deseo de volver a contemplar el rostro de Jesús...

Al fin, en una tarde de tempestades y de temblores de tierra llegó a las puertas de Jerusalén.

«¿Conoces a Jesús Nazareno?»—le preguntó a un hebreo.

«¿El condenado por Pilatos?... ¿El rey de los judíos?... Allí en el Gólgota agoniza crucificado.»

Elisabeth corrió enloquecida; sus pies dejaban un reguero de sangre, como senda de amapolas.

Cuando llegó al Monte Calvario, Cristo había expirado.

También la gentil samaritana fue herida por la muerte y cayó para siempre a los pies de la Cruz del Dios-Hombre.

JOSE MARÍA CARRETERO

MARÍA DE MAGDALA

Noli me tangere

«Yo te amo», le decía apasionada María de Magdala al Nazareno

clavando en él con ansia la mirada, secos los labios, palpitante el seno, reuca la voz, por la emoción velada;

«Yo te amo», balbuciente repetía, y en la inconsciencia de su loco anhelo temblorosa las manos le tendía

y los moribundos brazos retorcia y se arrastraba humilde por el suelo.

Mal ceñida la túnica flotante, destrenzada la rubia cabellera, reflejado en su pálido semblante el sublime impudor con que la amante se entrega en cuerpo y alma, toda, entera.

No la dejó él seguir; lenta y pausada la mano levantó, y con gesto lleno de noble majestad, grave y sereno, hacia aquella infeliz ante él postrada se inclinó compasivo el Nazareno.

«Mujer, le dijo—pecadora has sido, mas te perdono porque amaste tanto que por tu propio amor te has redimido.»

María, cual si no le hubiese oído, angustiada rompió en amargo llanto.

«¿Aun no estás satisfecha?»—«Aun no»,—«¿Qué quieres?»

«Tu amor, no tu perdón, es lo que anhelo.»

«¿Yo no soy de este mundo?»—«¿De dónde eres?»

«Yo soy el hijo de Dios; solo en el cielo me han de amar sin pecado las mujeres.»

«Aquí y allí y doquiera que te vea yo iré a ti siempre; déjame que te ame; déjame que te siga y que te llamo y seré lo que tu quieras que sea; ¿santa? pues santa; ¿infame? pues infame.»

Detúvose Jesús; la siempre pura mirada de sus ojos impecables fija quedó en aquella criatura, contemplando las líneas admirables de su lozana, espléndida hermosura.

Hubo silencio largo y misterioso; quizás oculta tentación vencida si osó vibrar la carne sacudida por el espasmo ardiente y voluptuoso generador de toda humana vida;

cual relámpago fue; la noble frente de Jesús reflejó la paz austera de su alma immaculada... Sonriente dijo, mirando al cielo: «Ama y espera»

y se alejó en silencio, lentamente.

Se alzó la Magdalena; secó el llanto y doquiera proclamó el dogma sublime del misterio de Amor, tan grande y santo, que a la mujer caída la redime no mas que por haber amado tanto.

E. SÁNCHEZ VERA

Cuentos Españoles

BERENICE

Fué un libro encuadernado en pergamino, impreso en caracteres góticos y taraceado por la polilla, donde encontré la leyenda de Berenice, a quien suelen llamar la Verónica. Sin darle crédito ni atribuirle autoridad alguna, voy a trasladarla aquí, lector piadoso, que acaso habrás adorado alguna reproducción de la Santa Faz.

Berenice, casada con Misael el rico, era de origen hebreo, nacida sin embargo en Alejandría. De su ciudad natal había traído a Sión costumbres refinadas, un vestir lujoso, gases más suntuosas, joyas más caprichosas que las que usaban sus convecinas y aun las romanas del séquito de la esposa de Pilatos. Berenice gastaba exquisitos perfumes, iguales a los de la Tetrarquía Herodiana, y se los traía Misael de sus frecuentes viajes a los países de Arabia y Persia. Con todo eso, Berenice no era dichosa y Misael tampoco.

No tenían hijos. Las entrañas de Berenice no eran fecundas. Y, como la esperanza en el veni de la del hijo de David, del Mesías prometido, se hubiese exaltado con el yugo puesto en Jerusalén con la despótica Roma, cada matrimonio soñaba con engendrar al Salvador. Las estériles eran objeto de compasiva burla. Cada vez que una aguadora cargada con sus ánforas y con el peso de su embarazo pasaba ante la puerta de Berenice, la opulenta arrojaba una mirada de envidia a la miserable. ¿Quién sabe si sería tan venturosa que albergase en su seno la redención de Israel?

La multitud pensaba en el Redentor y le veía como guerrero formidable, semejante a los Jueces campeadores, que antaño hicieron triunfar al pueblo elegido. Traería al cinto espada reluciente, al brazo un escudo de fortaleza, y al impulso invencible de su ardimiento huiría el invasor y sería libre Israel. Volvían los tiempos gloriosos, el triunfo de Jehová y, entre cánticos de alegría, el Templo daría cobijo, también como antaño, a las muchedumbres de las Tribus, y el Arca sería otra vez llevada en apoteosis. Son de las chirrimas y las cítaras, entre los clamores de gozo del pueblo delirante...

Misael era de los que lo soñaban así. Y la pena de que Berenice no le diese el hijo esperado, le fué alejando de ella y tuvo pasajeros encuentros con campesinas, al paso de la caravana, o con mujeres venales de las ciudades donde solía posar. La frialdad creció cuando Misael pudo advertir que Berenice se inclinaba a las sectas que empezaban a surgir en Jerusalén, hombres de blancas túnicas y largos cabellos, que llevaban una vida pura y entendían (al revés de los Doctores de la ley y Príncipes de los Sacerdotes) que el Mesías no sería un combatiente, sino un manso, varón de paz y humildad, y por el espíritu de mansedumbre redimiría a Sión.

Antiguas profecías lo tenían anunciado: Isaías, el de los labios purificados por el áseu de fuego, lo había dicho expresamente. No era un león de Judá, sino un corderillo. No trataría de defenderse, pues descendía a ser sacrificado. El precio de su sacrificio era la redención, pero no solo de Israel, sino de todo el mundo. Y ésta le parecía a Misael la herejía peor. El Mesías tenía que venir para Israel tan solo. ¿Cómo se entendía? ¿El Mesías era para los judíos, para el pueblo de Dios?

Y los esposos disputaban día y noche, serrado Misael a su exclusivismo patriótico, porfiando Berenice con suave terquedad.

—De todos modos—insistía Misael—yo veo que no viene, pero si ha de venir también para estos romanos que nos oprimen, que nos han hecho esclavos, creo que más vale...

Decíalo, no obstante, de dientes afuera. Según iban alejándose las esperanzas de que Berenice se sintiese madre, aumentaba el afán de Misael. No desesperaba; cierto que su esposa ya iba dejándose atrás la juventud, pero mucho más madura era Sara cuando concibió. Así es que, un día, al volver de una de sus excursiones, trayendo por cierto a Berenice joyeles espléndidos, y mientras ella, agracedida, le rogaba que se sentase a comer y se preparaba a servirle el aguamanero y a lavarle los pies con la húmeda tohalla, insistió el marido:

—Berenice, sabe que, en el desierto, bajo la tienda, he tenido un sueño: te he visto rodeada de posteridad numerosa. Y el primero de tus retoños, número bien, era el Mesías prometido a nuestro pueblo. Tenía la faz muy triste, sangrienta, cubierta de sudor y polvo. ¿Quién me interpretará este sueño? Inquieto estoy.

Calló la esposa, lavó a su señor y le pre-

sentó el asado, las tortas de miel y manteca, las uvas de cueiga y las granadas rojas. Le escanció el vino de rubí y le ofreció el agua fresquísima. Y cuando se hubo saciado y pasado a la terraza, a respirar el aire, regaladamente, Berenice murmuró, con emoción profunda:

—No desees más, Misael, que en mi seno se forme el Mesías. No puede ser. El Mesías ya está entre nosotros.

Y como Misael, atóvito, dudase y negase con la cabeza, Berenice replicó:

—Ha venido, ha venido el Hijo de David. Le anunció Yokananam, ¿no te acuerdas? Aquel varón justo y penitente a quien degollaron, después de la impúdica danza de Salomé, por artimañas de la Tetrarquía. El hijo de David, unas veces va por los pueblos enseñando a las multitudes, otras se le ve en Jerusalén, donde ha arrojado a latigazos del Templo a los mercaderes. Eblis le ha tentado vanamente en la cima de una montaña, y en otra montaña el Maestro ha predicado una ley mejor que la de Moisés, más dulce, más hermosa.

Misael, ya recobrado del asombro, rompió a reír.

—Siempre te dije, esposa mía, que esos nuevos sectarios que hemos visto aparecer te revolverían el seso. Aquí no tenemos más camino, si no viene el Libertador que esperamos, sino cerrarnos los oídos, roquerir la espada y caer sobre los invasores, exterminándolos uno por uno. Así hicimos con los moabitas, los amacelitas y los filisteos, y nos fué bien; eran otros tiempos. Había patria. Con Profetas descalzos y que van por los caminos como mendigos, poco maduramos. El Mesías no puede ser el primo de Yokananam, que era un vagabundo, comedor de langostas silvestres. El Mesías vendrá terrible en su fortaleza, como las haces bien ordenadas. Cuando llegue, movernos el hierro.

—Te aseguro que se halla ya entre nosotros—repitió tenazmente Berenice—. Lo he sentido en mí; mi corazón ha saltado, como un cabrito que ve a su madre. No lo dudes, Misael. No vivas en la ceguera.

Volvio el comerciante a reírse y tomando su manto, salió a la calle. Quería informarse del tal Mesías, algún embaucador, de seguro. El primer amigo que encontró en la plaza, le dió noticias de la mayor actualidad.

—El loco visionario, que se dice Rey de los judíos? ¿Uno al cual siguieron las turbas y le hicieron una entrada triunfal? ¿Bah! Hoy mismo le prenden y se afirma que le darán muerte mañana.

Misael se estomocó. Nada le importaba el sondo-Profeta, pero le molestaba la pena que iba a sentir Berenice. Y decidió callar. Tiempo había de que lo supiese. De noche, sin embargo, fué agitado su sueño. Dió mil vueltas y habló alto, con inarticuladas voces. A las afectuosas preguntas de Berenice, contestó con elugios. No sabía... Acaso la comida, el vino, el cansancio que sigue a un largo viaje...

Al día siguiente recorrió la ciudad. Se hablaba mucho de la captura del Rabi. Supo Misael que le habían flagelado. Habló con fariseos y saduceos, que se quejaban de la indulgencia del Pretor romano con el impostor. A bien que ellos habían fomentado un movimiento popular, una especie de motín, y los romanos temían siempre a los desórdenes y algaradas, que podían fomentar en el pueblo la rebelión.

Y por la tarde, supo más Misael: el Rabi iba a ser crucificado...

Volvio a su casa el comerciante con extraña sensación de peso y anárgo en la conciencia. Deseaba hablar, informar a Berenice, y temía de hacerlo, que corriese desalada al lugar del suplicio. Taciturno, se sentó en el patio, donde una fuente se deshalaba en un tazón de jaspe.

Berenice estaba a su lado. Pálida y triste, no respondía casi a sus palabras. Enmudecieron al fin los dos. Les despertó un tumulto en la calle. Las siervas clamaban con histéricos gemidos. Llantos femeniles se oían en la calle también. Berenice saltó, se precipitó. Pasaba una lúgubre comitiva, y entre ella, un hombre cargado con enorme cruz, que no podía levantar en peso, y que arrastraba de rodillas oyendo y levantándose. El hombre sería joven y hermoso, pero no era fácil comprenderlo, porque el semblante apenas podía distinguirse entre las guedejas del pelo pegado a las sienes por el sudor de la agonía y la coagulada sangre que había corrido por la frente abajo. Berenice no sollozaba, no gritaba; permanecía con los ojos dilatados de horror, fascinada por la intensidad del sentimiento. Al fin, se lanzó, desenrolló el velo fino que cubría su cabeza y corrió, abriéndose paso entre la muchedumbre y rechazando con la mano a los verdugos, a secar aquel rostro empapado, a limpiar aquellas facciones ultrajadas y embebecidas de impurezas. Él sentenciado la miró un momento, y la mirada se clavó como hierro ardiente en el alma de la piadosa.

Misael la había seguido para protegerla y fué el primero en notar el prodigio...

La Faz del reo se había quedado impresa en la tela tres veces, en tres dobles simétricas, y era el mismo rostro, y el mirar, el mirar maravilloso que derretía el corazón más duro...

Y Misael, cayendo prosternado, gritó: —¡Era cierto! ¡Había venido el Mesías!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

Ruta dolorosa

La cruz que lleva al hombro, es la cruz tosea y fuerte de la Vida; va en ella a horcajadas la Muerte.

Camina resignado. Su cabellera caía, igual que un ala rota, se extiende por la gracia del torso, que abatido, se rinde a la embestida brutal de los hambrientos mastines de la Vida. Camina resignado. Su frente es como una senda de paz, florida, bajo un llanto de Luna y sus manos, que a veces resbalan por los flancos, humildes son y blancas como los lirios blancos. En sus pupilas arden ansiedades secretas: son sus bellas pupilas dos claras violetas — y su cabeza, como una tronchada flor, se inclina pertunando el paisaje, de amor...

Los virgenes exangües se postran a su paso. El Gólgota está cerca. El Sol, marcha al Ocaso, envuelto en el orgullo de un gran manto escarlata y entre nubes que fingen anzarrinas de plata.

En el aire hay un triunfo de clarines, sonoro. Las virgenes exangües, dicen como en un lloro: —¡Oh, Nazareno pálido, de los ojos profundos que guardan los eternos enigmas de los mundos! ¿Por qué ha de retorcerse en la cruz afrentosa tu cuerpo tan sutil como un cáliz de rosa? ¡Oh, Nazareno pálido, de las pupilas bellas, donde mueren de amor dos lejanas estrellas! ¿Por qué se extinguirán en el madero vil tus suspiros más dulces que las auras de Abril? ¡Oh, Nazareno pálido, de la mirada henchida de luz, sobre la tierra ingrata y dolorida! ¿Por qué en el duro leño, los hombres inhumanos herirán las divinas palomas de tus manos?

El Nazareno, mudo, sigue su dolorosa ruta. La soldadesca le golpea furiosa y el populacho rie y blasfema a su paso. El Gólgota está cerca. El Sol, marcha al Ocaso, envuelto en el orgullo de un gran manto escarlata y entre nubes que fingen danzarinas de plata.

En el aire hay un triunfo de clarines, sonoro. Las virgenes exangües, dicen como en un lloro: —¡Oh, Nazareno dulce, del rostro lastimero, donde nazaron todas las zarzas del sendero! ¿Por qué te humillas dócil y permites que el Mal empañe con su aliento tu carne de cristal? ¡Oh, Nazareno dulce de la faz demacrada donde inicia sus oros una aurora ignorada! ¿Por qué el Espacio brilla a tu dolor ajeno; tú que forjas el rayo y haces rugir el trueno? ¡Oh, Nazareno dulce, de palidez de cirio, donde germinan todas las palmas del martirio! ¿Por qué no te alzas fiero, cual una tempestad, y destruyes el mundo lleno de ruindad?—

El Nazareno en cénita, se detiene un instante, y fijando en las virgenes su mirar penetrante, duda... Súbito, abraza con ansiedad la cruz y emergen de sus ojos dos lágrimas de luz. Las virgenes exangües, quedan en una muda contemplación y lloran. La soldadesca ruda, las aparta implacable. El populacho grita. El Nazareno avanza con tristeza infinita...

La cruz que lleva al hombro, es la cruz tosea y fuerte de la Vida; va en ella a horcajadas la Muerte.

RAMÓN DÍAZ MIRETE

EL MARTIRIO DE LA FAZ

«Por los pecados de los hombres!»... Sobre la tersa albur de tu frente, albur lechosa de azucena la angustia sublime del supremo sacrificio cristalizó unas perlas, cálidas y temblorosas, que surcaron tu facie como un trágico rocío, y al caer sobre la fecunda tierra de la labrada huerta de Jethemani germinaron milagrosas entre las sombras de la noche. Y tus labios murmuraron al final del rezo:

«Por los pecados de los hombres». Cuando todavía el sudor de la angustia resbalaba por tu tez, una boca traidora dejó en tu mejilla la huella ponzoñosa de su odio y el estigma de su crimen deicida.

Y tus labios murmuraron otra vez, con temblor de agonía:

«Por los pecados de los hombres».

Aún la luz de la mañana no había rasgado los velos de sombras de tu noche suprema, de tu noche sombría, precededora del suplicio, y ya el dolor inició su primera jornada, fajando tu carne eucarística. Tus ojos dulces, de mirar visionario y divino, plegaron los violados párpados, semeando un leve aleteo de ave herida, cuando el martirio de tus carnes azotadas puso en ellos el desfallecimiento de tu voluntad. Y tu boca, contraída con un gesto desgarrador de dolor y un grito de llanto, exclamó tiernamente, con voz de caricia:

«Por los pecados de los hombres».

Y la jornada del dolor siguió avanzando. El insulto soez y el escarnio bárbaro hallaron nuevas torturas que infringir a tu cuerpo. Y cubrieron tus carnes con la elávide regia que tu sangre tiñó de púrpura. Y en tus manos, ultrajadas con el yugo infamante de los asesinos, hicieron la mofa de tu profético reinado, cruzando entre ellas, a modo de cetro, la palma dorada de tu último día de *dyms*. Unas agudas espinas, formadas en trenzal a modo de corona, rasgaron la tersura de tu frente con el más punzante y agudo dolor de tus carnes maceradas y de la cruenta bafa. Y tus labios se agitaron como en suspiro pronunciando las sublimes palabras de tu ofrenda:

«Por los pecados de los hombres».

En tu faz, ultrajada por todos los crímenes de la bruta perversidad de tus verdugos y enemigos, veíase, como llama de luz inextinguible, el rictus bondadoso de tu divina misericordia, que era perdón en tus labios, humildad en tus ojos y resignación en tu frente, de la que brotaba incesante la roja semilla de tu sangre.

Y seguía el dolor su segunda jornada de tortura.

Y cuando el agotamiento demacraba tus mejillas, violaba el surco de tus ojos, y ponía sobre las llagas de tu cuerpo y de tu frente la morada sombra de la túcora; el pueblo y tu cortejo, enloquecidos de odio y sedientos de tu sangre, fueron maculando tu rostro con nuevos tormentos y bárbaras ofensas que manchaban tus facies como huellas de surco de viscosos reptiles en la tierra llana. Y tus labios, como manantial inagotable de dulzura y de paz, seguían fluxando, al término de tu inacabable *cruxis*, el bálsamo sublime de tu perdón:

«Por los pecados de los hombres».

Y fué llegada la última jornada del dolor, y tu postrero martirio inicióse al unírte al símbolo divino de la redención que tú ofrecías. Y cuando tus venas, agujereadas por las horrosas heridas de los clavos, desbordaron la última lluvia roja de tu sangre sacrificada, tu boca, balbuceante por el agónico extertor, pudo aún perdonar la mofa del INRI con la ofrenda final de tu plegaria:

«Por los pecados de los hombres».

FERNANDO MOTA

ECCE HOMO!

Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (San Mateo, capítulo XXII.)

Acercábase ya la Pascua del Cordero, en que los judíos, dando de mano a toda ocupación profana, celebraban con júbilo su salida de Egipto. El pueblo, completamente ignorante de los cabildos que tan agitados y meditabundos traían al Sumo Pontífice y demás vocales del gran Concilio, acercábase ya pensando en las diversiones públicas que iban a tener lugar en Jerusalén, después de observados los ritos legales. Los del Sanhedrin deseaban deshacerse a todo trance de Jesús antes de que comenzase la Pascua; pero temían al pueblo y no se les ocurría medio alguno de prenderle sin peligro de arnar algún alboroto popular. En este estado de ansiedad y agitación estaban los príncipes de los judíos, cuando se les presentó el pérfido Judas, ofreciéndose a entregarles a Jesús, sin escándalo ni motín de ningún género; lo que ejecutó en pocos momentos con suma complacencia y a satisfacción de aquel vengativo Tribunal.